

LO QUE CUENTAN LOS PAPELES

Cuando oigo las máquinas taladrar la acera de la calle levantando ampollas de piedra y de asfalto en unas manos encallecidas por el duro trabajo... Cuando levanto la vista para descubrir a hurtadillas el rostro colectivo y cetrino del obrero que ametralla el suelo a golpe de acero y veo su cabeza, toda frente, hendida por el rayo que no cesa, con una enorme grieta en zigzag como una boca quebrada por la desesperación... Cuando le veo temblar, centauro del hormigón, en cenestésica comunión con la tierra... pienso que todavía hay extraños seres infiltrados en esta sociedad del bocio y del confort: saloncito, televisor, *whisky* y para colmo la publicidad, aliento del sistema.

Cuando los salteadores de caminos guardan cola ante las ventanillas de los vehículos detenidos ante los semáforos para mendigar unas piezas de chatarra con que satisfacer los pequeños vicios de este mundo, y yo les miro desde el engreimiento y la opulencia que otorga un volante entre las manos, desagradecido como el desierto, vacío e inhóspito como un cielo de cuerdos donde todo es bondad y sonrisas beatíficas, y me alejo orgulloso de no haber tropezado con la pacata caridad de siempre..., pienso en eso que dicen siempre: que el trabajo dignifica, y todas esas

cosas que se llevan en el bolsillo para desenfundar a la menor provocación.

Cuando atisbo unos viejos mustios hacinados en un rincón soleado al resguardo del viento, alentándose mutuamente al arrullo de las arrugas, las carnes flácidas y los huesos deformes, las ideas miopes e insistentes al calor de mil y una batallas pretéritas, babeando en una mueca crispada y torva las últimas palabras, infectos, repudiados, vilipendiados, expoliados..., me pregunto de qué están hechas las pesadillas.

Y hasta la fantasía se me antoja poco imaginativa cuando leo en los papeles que en este país de *sosios* y *comidillas* se abren paso y caminan las escuelas de creación literaria.

Mal debemos andar por aquí si la cruda realidad, sin más aderezo que nuestra visión estática, no nos espanta. Tan mal que el corazón se nos ha bajado a la barriga y así, desde luego, no hay quien escriba. Muy mal andamos si para mover la pluma cuadriculamos la frente, usamos arquetipos y academias, si la inspiración no se excita sino con el olor a morcilla frita, si transformamos la poesía en retórica o hacemos de las frases una mera yuxtaposición de palabras sin otro sentido que el de resultar agradables o bonitas o, incluso, incomprensibles.

En este sombrío panorama cualquiera que tenga una sartén puede freír morcilla. Y como por el humo se descubre el fuego, por el tufo habremos de desvelar la fritura. Pues si de la simple observación del mundo y sus gracias no brota límpido y a borbotones el talento y la comunicación, mucho me temo que habrá de brotar la estulticia y no quedará un lugar en la tierra donde pueda esconderse un loco vegetariano como yo que aborrece la sangre frita.

LA GUERRA DEL GOLFO

Allende el mar bravío, en el rincón último y dormido de la tierra, está el edén del califa. Allí donde los niños no tienen golosinas que llevarse a la boca ni sueños dulces; allí está el paraíso del profeta. Donde las arenas ardientes escaldan los pies desnudos de los arrapiezos y el barro es negro como el betún y huele a queroseno; donde la alquimia del tiempo convirtió el deseo en odio y en bronce el vil metal; donde la cimitarra rebana el pan y hasta los fantasmas usan armadura; donde las mujeres gastan más refajo que las monjas de clausura y no valen un rial por muy bellas que se adivinen tras sus velos. Allí donde, cuando maduran, caen de los árboles monarcas, jeques, emires y otras delicias para transformarse en adalides de cuño divino; allí donde el tiempo corre al revés y la historia se escribe en enormes libros de arena; allí se fue el bueno del *Endalecio*, al que apodaban «el tuerto», no por ningún defecto en la vista sino más bien por su forma de mirar.

A bordo de un viejo cascarón, bajel pirata que por sus años llaman «el hundido», *Endalecio* se hizo a la mar con 40 cañones por banda, herrumbrosos de no usar. Viento en popa y a toda vela no corta el mar sino rielas cual si se fuera a dismantelar. La gloria, la grandeza perdida y un honor indeterminado a

recuperar son su bandera, quijote hasta la médula. Contrahecho y befo en su cabalgadura, más falso que el forajido de un *spaghetti-western*, no olvidó la tónica concesión a la historia y colocó en el mascarón de proa un gran falo que levanta por doquier soflamas de admiración. Y es que la raza es la raza, por pintoresca que parezca, y lugares hay donde el circo es gratis y sin entrada.

Ahora que los libros de caballerías se escriben por entregas en los diarios, resucita la vieja moral de los cruzados: domar infieles y seducir odaliscas. Habrá que ver cómo cumple el *Endalecio* en lo primero, que en lo segundo su fama le precede y le honra.

DETERMINISMO

A firman los deterministas que el azar no existe, que todo está previamente calculado en todos los órdenes, desde el más amplio al más concreto. Para ellos el hombre no es libre, no tiene posibilidad de elección; la vida le arrastra como el agua de una cloaca a un viejo soldadito de plomo, a revolcones entre el vaivén de los acontecimientos. Las ciencias sociales más recientes parecen tender a ratificar esta opinión, aunque por el momento y dado su escaso desarrollo ofrecen cierto margen de maniobra para que el sujeto pueda escapar de las fuerzas subterráneas que le aprisionan y conducen en una determinada dirección. El poder y sus tentáculos, la aceleración frenética del consumo y la religión desembocan en este submundo y limitan aún más la maniobrabilidad.

Si trasladamos la vida de un hombre cualquiera, como dice mi amigo René Cartier, a un plano de coordenadas en tres dimensiones —abscisas, ordenadas y un tercer eje en función de la elevación o degradación moral—, podemos representar gráficamente su trayectoria a lo largo de los años. El tiempo formaría un cuarto eje que iría casi paralelo a los distintos vectores de dirección del sujeto, aunque con un grado de inclinación proporcional al del eje de la tierra sobre la eclíptica. Así se dispondría de una visión casi cenestésica del